

## LA DESOBEDIENCIA DE JACINTO

Jacinto era muy amante de las máquinas. Tenía apenas doce años pero ya sabía manejar un automóvil. Sabía de locomotoras más que todos sus amigos, pues siempre que encontraba algo escrito sobre trenes y locomotoras lo leía afanosamente y con interés. También sabía de tractores, pues había pasado largas horas observándolos mientras trabajaban en una calle cercana a su casa.

Podremos comprender entonces su alegría cuando, al llegar una mañana a la escuela, encontró un tremendo tractor oruga en el patio, practicando una excavación, para los cimientos del nuevo edificio. Inmediatamente comenzó Jacinto a dar explicaciones a sus amigos sobre las diferentes maniobras y posibilidades del tractor. Algunos maestros se acercaron y escucharon con interés las explicaciones de Jacinto, pero muy pronto sonó la campana y todos tuvieron que entrar a las clases. Sin embargo, ya en el primer recreo tenía Jacinto un público atento que escuchaba sus palabras.

Cuando salieron al segundo recreo, Jacinto tenía decidido que durante la hora del almuerzo se treparía al tractor y daría más explicaciones a sus admiradores. Durante el tercero y último recreo, Jacinto anunció que se sentaría detrás de los controles del tractor. Los demás niños lo admiraron aún más, pero un maestro lo oyó y le prohibió que hiciera cosa semejante, y también avisó al director de los planes de Jacinto. El director llamó a nuestro amigo y lo amonestó diciéndole que no se acercase al tractor.

Mientras los niños salían para el almuerzo, los maestros y el director anunciaron que no deberían ir cerca del tractor. Jacinto se disgustó y decidió ir de todos modos. Al fin y al cabo ¡él conocía esos tractores! Cuando hubieron terminado sus meriendas, Jacinto encontró dos muchachos que estaban dispuestos a acompañarlo hasta el tractor, de manera que, aprovechando el descanso de los obreros los tres aventureros se encaminaron a la inmensa máquina.

Una vez a su lado, Jacinto mostró a los otros cómo se subía, y los tres se encaramaron sobre el tractor. Nuestro héroe les mostró el botón de arranque y las diferentes palancas para maniobrar el tractor. Mientras Jacinto buscaba el contacto para detener el motor, uno de los niños apretó el botón de arranque y, con un rugido, el poderoso motor Diesel se puso en marcha. Los amigos de Jacinto se asustaron y saltaron a tierra, mientras él buscaba afanoso la forma de parar el motor.

Quiso la mala suerte que, al saltar, uno de los niños pisara la palanca de embrague y el tractor se puso en marcha. Los dos niños gritaron aterrados a Jacinto que saltara y se pusiera a salvo, pero nuestro héroe buscaba la forma de parar el tractor.

Probó a mover la palanca de embrague, pero una vez en marcha la máquina, se necesitaba la fuerza de un hombre para sacarla de velocidad. Jacinto buscó el acelerador, pero no encontró nada, pues no sabía que ese tractor marchaba con regulador automático. Mientras tanto el tractor seguía marchando derecho hacia el viejo edificio de la escuela. Si nadie lo detenía, se llevaría por delante la escuela y la derribaría. Además, arrollaría un cerco de madera, apenas unos veinte metros distante, detrás del cual comían sus meriendas los niñitos del jardín de infantes. Ni las maestras ni los niñitos prestaban atención al ruido del tractor, pues había estado trabajando todo el día, y ya se habían acostumbrado a él, de manera que si Jacinto no lo detenía, arrollaría el cerco y mataría a varios niños. ¿Qué hacer?

Jacinto se estaba asustando, y no sabía qué palancas mover. Además eran muy duras y él no tenía fuerza. Sin embargo, pronto descubrió que una de las palancas que hacen dar vuelta a los tractores oruga era más fácil de mover que otras, y la acometió a puntapiés hasta que se movió un poco, y el tractor se desvió de su ruta hacia los indefensos niños. Sin embargo, todavía se encaminaba hacia la escuela, y derribaría una esquina si no lo desviaba aun mas.

Armándose de todo el valor disponible, Jacinto volvió a patear la palanca ya mencionada, y poco a poco el tractor se desvió. Ya para entonces los amigos que habían saltado del tractor habían sembrado la voz de alarma y los maestros y el director, como también todos los niños, estaban observando aterrados a Jacinto que trataba de detener el tractor.

Por fin Jacinto logró maniobrar el tractor contra un árbol grande en el patio, y al chocar contra ese obstáculo, el motor del tractor se detuvo, y Jacinto bajó ileso.

Atraídos por la gritería y el ruido del tractor, los obreros llegaron a la carrera. Después de inspeccionar la máquina, dieron a Jacinto varios consejos oportunos.

Claro está que si no se hubiese arrimado al tractor en primer lugar nada hubiera pasado. Pero, a pesar del peligro se había mantenido sereno y de este modo salvó la escuela y la vida de muchos niños. Jacinto aprendió bien la lección, y no volvió a desobedecer a sus maestros; pero estaba muy agradecido a Jesús, porque sabía que aun cuando había desobedecido, él le había ayudado a mover las palancas y así había evitado un desastre.